
Cinco factores que hacen al viaje turístico

Miedo, adaptación y re-encuentro

Maximiliano E Korstanje*

Facultad de Ciencias Económicas

Cinco factores que hacen al viaje turístico

Miedo, adaptación y re-encuentro

Maximiliano E Korstanje*

Resumen

En el siguiente trabajo explicamos las tensiones que sufre un turista desde que abandona su hogar hasta su regreso. Centrados en las ventajas que da la auto-etnografía, establecemos cinco dimensiones importantes. Cinco estadios conforman el viaje turístico, **“búsqueda exploratoria-comparativa”, “desapego temporal”, “la verificación de la identidad”, “sentido de adaptación”, “el retorno a la sociedad o grupo de origen”**. Cada estadio o dimensión ha sido debidamente explicada en el presente trabajo. Es por demás importante agregar que desde su partida, el ser turista se valida en ese otro que es el nativo. Desde diferentes perspectivas, el miedo a viajar presente en la mayoría de todos nosotros exhibe sanamente ese terror primigenio a perderse y morir fuera del hogar.

Palabras clave: Miedo a perderse, Viaje, turismo, Adaptación, Re-encuentro

Abstract

Through the present essay review, we explain the tensions and conflicts faced by a tourist from the leave of home, to the return. Based on the benefits of auto-ethnography, we establish five element dimensions to be considered. These five stages conform the tourist travel: **“an exploratory-comparative quest, a temporal disengagement, the verification of identity, the adaptation, and the return”**. Each stage is being explored in the development. It is important to add that from its departure, the tourist is validated by the other-native. From diverse views, the fear of traveling enrooted in our mind represents an ancient concern for death abroad.

Keywords: fear of getting lost, Travels, Tourism, Adaptation, Meeting-ground.

* *Departamento de Ciencias Económicas. Universidad de Palermo, Argentina.
mkorst@palermo.edu*

Introducción

Los factores que coadyuvan en la decisión de viajar son múltiples como así también los aspectos psicológicos que hacen a la deseabilidad de un destino. Si bien la investigación aplicada ha avanzado en los últimos años en este sentido, poco se sabe del rol que juega el miedo en dicha configuración. En perspectiva, en tanto que acto de confianza, viajar representa un quiebre sustancial entre lo que es la seguridad del hogar y los límites de lo “cognoscible”. Los investigadores han visualizado tres líneas o axiomas claros respecto a como estas construcciones evolucionan.

Una rama enfatiza en factores psicológicos como ser el apego al territorio o el grado de tolerancia a la incertidumbre como el aspecto esencial que explica porque ciertos viajeros son más intrépidos que otros (Plog, 1973; 1991; Reisinger y Mavondo, 2005). Por el contrario, otros autores prefieren vincular el fenómeno a la cercanía residencial y a la identidad. Un viajero experimenta mayor o menor riesgo a dejar su hogar dependiendo de su nacionalidad y grupo de pertenencia (Floyd-Pennington Gray, 2004; Floyd, Gibson, Pennington-Gray y Thapa, 2003). Una tercera posición apunta a “rol del viajero” y sus apegos familiares como verdaderas redes simbólicas que en ciertas ocasiones permiten mitigar el miedo pero en otras parecen potenciarlo. Yuan (2005) encuentra evidencia que parece demostrar que las personas se sienten más seguras cuando viajan con sus seres queridos. Ello sucede porque la consaguinidad ayuda a reducir la incertidumbre. Otros estudios por el contrario advierten que las personas que viajan acompañados se preocupan más por los potenciales daños físicos que por otro tipo de problemas (Reichel, Fuchs y Uriely, 2007). Todas estas vertientes, y otras muchas más, forman parte de lo que se denomina “teoría de la percepción del riesgo”. Por su parte, Korstanje ha criticado ampliamente a esta rama por considerarla exclusivamente cuantitativa, y centrada en posiciones altamente etnocéntricas que sólo tienen en cuenta lo que el “buen turista occidental y cristiano” percibe, a la vez que excluye de sus conclusiones a otras voces periféricas (Korstanje, 2013).

El presente ensayo es una síntesis de 5 años de viajes personales en donde el autor ejemplifica, en forma descriptiva, las cinco fases por medio de las cuales una persona debe atravesar a la hora de organizar un viaje turístico, tensiones que marcan la adscripción del viajero a un estado liminar hasta su último retorno al hogar. Empleando la auto-etnografía como método científico de análisis, los objetivos de la investigación versan en

- a) Describir cuales son los elementos centrales que hacen al viaje turístico.
- b) Explica porque sentimos miedo al viajar y cuales son los mecanismos empleados para reducir ese temor a limites tolerables
- c) Explicar porque los turistas parecen no sentirse atraídos por otros turistas mientras disfrutan de sus viajes.

Nuestra tesis principal parte de la premisa que todo temor al viaje es esencial al acto mismo de viajar, incluso aquellos que manifiestan no sentir miedo, experimentan ciertos cambios físicos a la hora de abandonar temporalmente el hogar. En las sociedades sedentarias donde el valor predominante es el principio económico de la propiedad, la muralla marca la diferencia entre el yo y el otro. Esa separación epistemológica crea y recrea formas dialécticas de relación que se alteran dependiendo de la fase en la cual se suceda el viaje.

El viaje en la literatura antropológica

La discusión sobre si el miedo a viajar es un fenómeno localmente situado en la cultura occidental o se encuentra en todas las culturas, es una de las cuestiones que han quedado irresueltas por la literatura especializada. Es necesario adentrarse a la densa literatura etnológica para definirse al respecto. Sir George Frazer (2013) considera que la magia, parte importante del ethos religioso, posee dos elementos esenciales, la imitación y el efecto contagio. A su vez puede clasificarse la magia en una fase positiva y otra negativa. Mientras la primera hace referencia a una cadena de medios afines, es decir se hace determinada acción para lograr un resultado, la segunda se deriva por simple evitación. En resumidas cuentas, no debe tocarse o ingerirse tal o cual animal para lograr la seguridad de los cazadores o de la propia tribu. Es para Frazer el viaje de caza algo tan angustiante para las tribus aborígenes que muchas mujeres elaboran estrictos rituales para garantizar la seguridad de sus maridos. Mismas observaciones han encontrado los etnólogos Albó y Fernández Juárez reconocen que las tribus del altiplano boliviano han desarrollado una figura taboo para simbolizar el peligro al viaje, el susto. Cuando el viajero toca un espacio consagrado o traspasa un territorio sin autorización de los espíritus puede ser contaminado y enfermar seriamente (Albó, 1992: 93; Fernández Juárez, 2000: 157). Lo mismo sucede entre los Lodagaa, documentado por Jack Goody, quienes acostumbran a comer tierra como signo de respeto cuando arriban a una tierra desconocida (Goody, 1995). La ingesta de tierra tiene una función simbólica de protección con respecto a la extranjería y las amenazas que generalmente se asocian cuando se está en tierras lejanas. El ritual de bienvenida o de hospitalidad tiene una doble función, reducir la cuota de incertidumbre tanto en el viajero quien no conoce el destino en su totalidad como en los residentes quienes desconocen los “antecedentes” del extranjero (Derrida, 2006). Todo viaje implica una ruptura, que como admite M. Korstanje, debe regularse bajo pacto de hospitalidad. Dicha institución milenaria adquiere particular fuerza ya sea en tiempo de paz o de conflicto, aunando voluntades para crear procesos de solidaridad entre los grupos humanos. Mediante la hospitalidad huéspedes y anfitriones negocian una estadía temporal protegiéndose mutuamente (Korstanje, 2010).

Uno de los antecedentes más importantes respecto al temor a viajar, se remonta al Imperio Romano. Cuenta Cayo Suetonio, que luego de experimentar un episodio

traumático donde un rayo casi le costara la vida, el Emperador Augusto se rehusó sistemáticamente a viajar por las noches, o cuando las condiciones climáticas eran malas. El biógrafo romano documenta

“Por lo que toca a sus supersticiones, he aquí lo que se dice: temía de modo insensato a los truenos y relámpagos, cuyos peligros creía conjurar llevando siempre consigo una piel de vaca marina. Al aproximarse la tempestad se escondía en paraje subterráneo y abovedado; este miedo procedía de haber visto en otro tiempo caer el rayo cerca de él durante un viaje nocturno” (Suetonio, XC, 104).

Por lo expuesto, los antecedentes etnológicos sugieren que el temor a viajar es un fenómeno que trasciende los límites de la cultura occidental y moderna. Es un aspecto esencial de la vida humana, que hace a la organización económica de las tribus sedentarias. Filosóficamente hablando, el elemento central que determina el miedo a viajar, es la construcción de la muralla como aislante entre la mismidad y la otredad. En ese acto ritual, la propiedad surge como forma relacional entre las personas (Korstanje, 2011). Escribe Ingold que las tribus de cazadores y recolectores no solo no conocen el espacio plano como es simbolizado en un mapa, pues todos sus viajes son recordados en forma relacional, ello quiere decir según sus propias experiencias, sino que además, rechazan la propiedad privada. A diferencia de las tribus pastorales o sedentarias, los nómades no acumulan bienes o mercancías, mucho menos conocen el sentido de la escasez. El viajero es parte del cosmos así como el ambiente provee todo el alimento que éste necesita. En cambio en la cultura occidental, el viajero se considera ajeno al paisaje de la misma forma que lo “humano” se inscribe como diferente a “lo animal”. El mapa como técnica denota poca familiarización con el terreno visitado, y por ende aumentan los temores y riesgos a “perderse” (Ingold, 2000). El miedo a viajar no es otra cosa que el “miedo a perderse”, o por lo menos eso simbolizan los mitos fundadores que nos contaban cuando niños en cuentos como Hansel y Gretel, la Odisea o las aventuras de Ulises, incluso la serie televisiva Lost, que fue furor en Occidente. Por que el hombre se hace más vulnerable cuando está desorientado es que las sociedades elaboran toda una serie de técnicas para que el viajero no pierda su vida mientras viaja.

El antropólogo español Anta-Félez (2013) en un excelente trabajo etnográfico sobre el volar en avión sugiere que el capitalismo moderno expresa en el avión una forma de movilidad cosificada, en donde el otro siempre queda sujeto, subordinado a quien maneja el avión. En forma elocuente el autor admite que nadie puede vivir en el interior de un avión, a pesar de la total seguridad que éste ostenta. La manera en que se disciplinan los cuerpos y el alto grado de control que da la eficacia de las técnicas capitalistas hacen uso alegórico de la instrumentalización y la eficacia por sobre cualquier valor humano. El avión es en nuestros días el signo fetiche de la gran globalización marketinera y mercantil. Somos cuerpos que anulan su temor a morir por medio de la adopción de pautas estereotipadas de consumo. Renunciamos a nuestro libre albedrío confiriendo a la maquina el control total de nuestros cuerpos y

mentalidades. La paradoja radica, precisamente, en que nos movemos sin poder movernos realmente. Sujetos a la anti-experiencia, el viaje en avión anula toda conexión con el otro y consigo de los viajeros. Estas observaciones sugieren una pregunta por demás particular, ¿Cómo comprendemos y significamos la continencia en este proceso?.

Para responder a esta pregunta hay que adentrarse en los trabajos de Korstanje & Olsen (2011), y Korstanje y Tarlow (2012), quienes, partiendo de idéntica preocupación, han examinado el discurso del cine de terror estadounidense encontrando que la ejemplificación del mal descansa en la negación de la hospitalidad. Los villanos decididamente intentan torturar y asesinar a vulnerables turistas que por su desconocimiento del territorio no están capacitados para defenderse. Empero la pesadilla comienza cuando los viajeros en tanto colonizadores imperiales, pierden su rumbo. La moraleja no solo revista la importancia de “no perderse”, sino que vincula la malignidad directamente a la falta de “hospitalidad”. En un mundo cerrado al otro diferente donde lo continente es sinónimo de peligro extremo, surgen pautas o códigos políticos que ponen a ciertos tipos de turistas (los ejemplares, aquellos que pertenecen a los países más democráticos) por encima de otros. El consumo capitalista dibuja el mundo en dos tipos antagónicos, los espacios civilizados y deseables y los hostiles. Ya sea en películas como Masacre en Texas, Hostel o incluso la recientemente estrenada “Devil due”, los turistas son presa fácil para “los villanos” quienes se presentan como personajes agradables pero en el fondo buscan infligirles sufrimiento. El placer, la diversión, el sexo y los banquetes están a la orden del día para seducir a los foráneos. El arquetipo del mal representa la falta de hospitalidad del anfitrión.

Discusión Metodológica

La pregunta esencial en esta sección implica saber si la auto-etnografía (self-ethnography) es una técnica válida a la investigación científica. Se entiende a la auto-etnografía como un método que desarrolla la propia observación (reflexiva) sobre los fenómenos circundantes empero manteniendo el foco en las propias emociones e ideas en lugar de hacer catarsis con un-otro-ajeno (Marechal, 2010). Algunos antropólogos clásicos han rechazado a la auto-etnografía por dos motivos claros (Alburt, 2004; Cho y Trent, 2006). El primero es su imposibilidad para ser replicada y por ende validada partiendo del supuesto que cada persona mantiene una organización cognitiva particular. La segunda, es que sus resultados se apartan del criterio positivista de verdad. Al respecto, R. Guber sugiere que la etnografía es por si misma una técnica subjetiva en donde el otro muchas veces cumple un rol secundario. Existe un gran prejuicio positivista que cree que a la verdad sólo se puede llegar preguntando. Empero dicho criterio es falso porque muchas veces los entrevistados mienten o simplemente no saben el porque de sus respectivas conductas. Si en un censo se le pregunta a una “prostituta” cual es su profesión, ella responderá secretaria. Lo mismo sucede si repetimos nuestra pregunta a un “mafioso” o a un “delincuente”, replicaran “hombre de negocios” (Guber, 2006). La etnografía no solo consiste en preguntar, sino simplemente en mirar, observar, escuchar y contrastar dichas sensaciones con el mundo interno.

La diferencia epistemológica sustancial entre la auto-etnografía con la etnográfica clásica es que alude a la propia subjetividad como forma de conseguir información. Sin embargo, como el self nunca está sólo, sino que es en sí mismo constitutivo con otros (Mead, 2009). Por ese motivo, algunos autores como Bochner y Ellis (2006) advierten que toda auto-etnografía es una herramienta tan válida como otras cualitativas pues, a pesar de estar sujeta a prejuicios o ideas preconcebidas, permite que la observación sea contrastada con la biografía del sujeto. De hecho todo observador proyecta su mundo interior en sus observaciones. Lo importante de la técnica cualitativa no es la replicabilidad sino la profundidad de la información registrada.

Auto-etnografía del viaje

Como investigador debo, por lo expuesto, confesar parte de mi biografía personal. Una de las cuestiones que más me preocupan cuando salgo de viaje, no es el proceso en sí, sino el hecho de no poder llevar a mi familia conmigo. Desde muy pequeño y por problemas financieros como la mayoría de los argentinos que no permitían que mis padres pudieran comprar una casa, tuve que mudarme cada año y medio de lugar en lugar. Ajeno a la mayoría de las costumbres de los nuevos grupos en donde me insertaba, hasta entrada la adolescencia mi apego al territorio ha sido inconstante y fluctuante por innumerables mudanzas que me obligaban constantemente a tejer nuevas redes de amistad. De mis propios viajes, invitado a dar conferencias como disertante magistral, en los últimos 5 años he extraído estos cinco tipos ideales, o indicadores, que nos ayudarán a comprender los temores y expectativas de una persona frente a lo desconocido del viaje, incluso cuando realiza varios al año.

Viajar antes que nada es un acto de confianza. En la presente sección se discuten cinco indicadores claves que hacen a la forma en que (en mayor o menor medida) esa confianza comienza a ser mermada por diferentes situaciones y contextos. Cualquier decisión de viajar en sí misma trae placer, pero con el paso de los días éste se transforma en angustia. El potencial viajero (en un rito de pasaje) buscará una experiencia que no puede obtener en su lugar habitual de residencia. Ya sea por descanso, visita a un familiar que no se ve hace mucho tiempo, por trabajo, el viajero se encuentra frente a la necesidad de experimentar algo nuevo, y porque lo hace retorna con el status necesario que lo lleva a contar sus experiencias a otros. El haber estado allí es una pieza clave que determina la necesidad de viajar.

La primera condición importante a tener en cuenta es entonces la “**búsqueda exploratoria-comparativa**” en donde la persona se informará de todos los requisitos necesarios que hacen a su seguridad. Durante esta fase inicial, que puede durar meses, se encuentran la reserva del ticket aéreo o de micro, la averiguación sobre aspectos que hacen a la seguridad del lugar, los comentarios de otros viajeros que han pasado por igual destino, y la búsqueda de precios. Este estado requiere de una constante comparación pues el sujeto, ante la falta de información, debe aferrarse para decidir si es conveniente viajar o no hacerlo. En perspectiva, el viajero imagina posibles

situaciones que pudieran ocurrirle, y en base a esas creencias articula una serie de mecanismos para sentirse seguro. La información existente debe ser clara pues de lo contrario el viaje se aborta. Si el destino no tiene un grado de sanidad acorde a los estándares del viajero o simplemente es víctima de un virus para el cual no se tiene vacuna, el viaje seguramente se cancelara. La sensación de control es importante en esta fase. Existen diversos mecanismos “seguritizadores” que ayudan a que la incertidumbre sea reducida a grados controlables. Si viajamos a un destino con malaria, podemos contratar un seguro médico de viajero. El seguro por regla general tiende a disciplinar el peligro llevándolo a grados controlables que no afectan la imagen orgánica del destino.

Es importante señalar que el pago de las reservas fundamenta un antes y un después en la forma de concebir el viaje. Él mismo pasa de ser una idea abstracta idealizada a una realidad tangible. Asimismo, ante posibles malas noticias sobre el destino uno reduce la “disonancia cognitiva” auto-convenciéndose de los beneficios que implica emprender el viaje, y desoyendo las desventajas. A medida que se acercan los días, y el viaje comienza a palpase, uno puede ponerse más o menos nervioso. Esa angustia que puede sentirse antes de partir como “nostalgia” por dejar a la familia si uno viaja por negocios, o preocupaciones por el cuidado de la familia si lo hacen acompañado adquiere forma física, ya sea porque en algunos casos vamos al baño varias veces en el día (gastroenteritis nerviosa), o porque sentimos mariposas en el estomago, algunas personas revisan varias veces sus equipajes, verifican insistentemente de haber cerrado el gas o la luz, o incluso necesitan conversar alocadamente. He no solo sentido estas inquietudes, sino que he visto pasajeros que se desplazan hacia el aeropuerto usar en forma frenética sus celulares o dialogar con otras personas. A esta segunda fase la denominaremos “**desapego temporal**”, pues implica que el viajero deje voluntariamente su lugar de apego seguro (el hogar), para adentrarse a lo desconocido. Porque lo “que brilla” nos tranquiliza es que la mayoría de los aeropuertos están decorados emulando fastuosas residencias, lujo y extraordinariedad. El aspecto de la mayoría de los aeropuertos del mundo no solo no varía demasiado en lo que puede ser un lujoso hotel, decorado de imitaciones de plata y oro, con grandes iluminarías y aires acondicionados, sino emulan un sentido de protección y bienestar. La mayoría de los productos, las tiendas del free-shop de todo puerto o aeropuerto se encuentra destinado a solventar alguna necesidad que hace a la confianza del pasajero. Perfumes, comidas, chocolates todos ellos configuran una compleja y vasta red de bienes tendientes a dar seguridad simbólica al viajero (en forma similar a un shopping). Para aquellos creyentes que encomiendan su seguridad a Dios, no faltan las capillas incluso misas de bendición. Para los consumidores seculares, en cambio, existe una forma de quedar pegado a su regreso. He visto en mis viajes, incluso yo mismo he sentido una compulsión terrible de hacerlo, a muchos viajeros comprar cosas en el free shop antes de su partida hacia el exterior, para llevarse la factura con ellos y retirar lo comprado a su regreso. Si bien aducen que se trata de tácticas para pagar menos y no tener problemas aduaneros, la realidad es que en ese acto existe un “anclaje” por medio del cual el viajero no queda totalmente desapegado de su hogar, sabe que va a volver, y porque los sabe debe dejar un subvenir real que lo mantenga unido.

Antes de su partida, los viajeros pueden experimentar dos tipos de temores:

- a) asociados al rechazo
- b) asociados al daño personal.

Los miedos asociados al rechazo son puramente simbólicos y se fundamentan en la relación parental entre el niño y su madre. Aquellos socializados en hogares de tipo seguros tienden a desarrollar mayor tolerancia al rechazo que aquellos quienes fueron criados en hogares hostiles. El lazo libidinal entre la madre y su hijo no solo nos acompaña hasta la edad adulta, sino que se expresa por medio de la figura del otro. Cuando nos manifiestan que nuestra reserva no es válida, que nuestro pasaporte tiene irregularidades o que no reunimos los requerimientos para poder realizar el viaje, experimentamos ese rechazo materno. Dependiendo del grado de madurez del viajero uno puede sobrellevar ese rechazo o entrar en pánico. El peso simbólico de haber fallado en organizar el viaje es tan grande y tiene un impacto similar al de una separación o desengaño amoroso. Por el contrario, los miedos asociados al daño personal adquieren una categoría más racional pues el viajero reconoce que existen ciertos factores que pueden atentar contra su seguridad. Estos factores pueden ser imaginados o reales. Tres factores influyen en la forma en que una persona comprende su seguridad.

- * El horizonte de control
- * Su posibilidad de repetirse
- * El estatus social de los afectados.

El horizonte de control explica el grado de conformidad que expresa un viajero cuando cree que puede controlar una situación. En forma análoga, la posibilidad de repetirse denota hasta que punto las medidas precautorias del sujeto han tenido éxito o han sido un fracaso. El status social de las víctimas moviliza una gran cantidad de recursos dentro del grupo pues apela a cuestionar su sistema jerárquico y político en forma directa.

Los eventos con un bajo horizonte de control, una alta probabilidad de volver a repetirse que afecta a personas estimadas por la sociedad genera un alto impacto, mientras que los eventos cuyo horizonte de control es alto y su naturaleza infrecuente, aun cuando afecte a personas de alto estatus, son considerados “hechos aislados”. La muerte de un niño producto de un virus es menos importante para la sociedad que la muerte de un anciano durante un incendio de su alojamiento. Por lo tanto, el target donde recae el peligro es tan importante como la posibilidad de mitigar ese peligro y que no se vuelva a repetir. Una de las cuestiones que hicieron del 11 de Septiembre un evento terrorífico fueron precisamente su baja posibilidad de ser controlado, su alta probabilidad de volver a repetirse en otras ciudades americanas y la idea de que fue perpetrado sobre

“ciudadanos desarmados”. El grado de sensibilización y exposición de una persona a un riesgo también modifica la forma de percibirlo. Por ejemplo, antes del 11 de Septiembre un atentado tenía mayor repercusión que hoy en día. El constante bombardeo de noticias negativas genera mayor apatía respecto a ese peligro. Si la comunidad toda se encuentra sujeta a un peligro que no se pudo controlar y su frecuencia puede ser alta o baja, el grado de impacto es alto. Cuando el mismo evento afecta solo a algunos civiles cuyo estatus es prescindible el impacto se torna bajo. Tanto la posibilidad de repetición como el status de las víctimas permiten a la sociedad saber cuáles son sus posibilidades para controlar el riesgo, si esas posibilidades son bajas el impacto y el terror se apoderan de la población.

El tercer elemento importante consiste en lo que Augé (1996) y Korstanje (2006) llaman, **“la verificación de la identidad”**. Hasta que no hacemos el “check in”, migraciones, aduana nuestra identidad queda en el aire, nadie sabe quienes somos y nada sabemos nosotros de los demás. La angustia y el temor se recrudecen cuando se nos obliga a “deshacernos” de nuestras pertenencias. Es necesario brindar al equipaje de protecciones mágicas ya sea con algunos precintos para evitar robos, o embalándolo con cinta especial. La realidad es que nada disgusta más a un viajero que la aerolínea, como me ha pasado, se comunique por el alto parlante apenas arribado para comentarle que el propio equipaje se ha perdido. En ese momento se vienen todos los miedos a la cabeza, la propiedad parte inherente de la cultura occidental queda sintetizada en el equipaje perdido. Ello sugiere que el propio principio de subsistencia del viajero queda sujeto a intriga. Obviamente, el tema no pasa a mayores cuando, tarde o temprano, la aerolínea restituye el equipaje al hotel donde uno se hospeda. No obstante, hasta que uno es notificado de la situación puede imaginarse “lo peor”, ¿puede haberle pasado algo a la mujer?, ¿o a alguno de los niños en el hogar?. La llamada de la aerolínea nunca revela los motivos hasta que el pasajero se contacta con personal calificado.

Según mis experiencias en aeropuertos, terminales de buses y puertos, en los mostradores los pasajeros presentan el equipaje, se pesa, se abona un canon extra si éste sobrepasa el límite permitido por persona. La compañía entrega un ticket en resguardo del equipaje y de su contenido y también asignando los asientos dentro del avión. La segunda fase comienza cuando el viajero deja el equipaje y se predispone a entretenerse hasta que se anuncie la partida de su vuelo. La gastronomía juega un rol importante en este momento. Una de las características de la segunda fase es que el pasajero se ve aliviado de tener que estar cuidando de sus pertenencias y ya una vez entregado a la compañía aérea se predispone a disfrutar de los beneficios y entretenimientos del lugar los cuales se caracterizan por una completa asepsia y lujo. Se estima que 3 de cada 10 personas por motivos de seguridad embalan el equipaje para evitar que los empleados de la aerolínea transportadora puedan robar objetos de valor. Cuando se ha pasado el rito de la verificación con éxito, el sujeto ingresa a la zona de embarque propiamente dicha en donde debe presentar sus documentos, acreditar su identidad, su ticket aéreo y el ticket de su equipaje. Una vez validada exhaustivamente su identidad (y sin excepciones) el viajero ingresa a una sala de espera en donde será conducido por medio

de un micro al avión mismo. Entonces la identificación se hace necesaria cuando nos despojan temporalmente de nuestras propiedades.

Una vez llegado a destino, y alojado en el hotel, el paso siguiente es avisar a los familiares y amigos que todo ha salido bien. No solo el avión no se ha caído, o el bus no ha tenido un accidente, sino que además se debe llevar tranquilidad a quienes en el hogar sienten la agobiante desinformación. Se han puesto en Internet diversos software con el fin de poder verificar el rumbo y el estado de cualquier avión desde el hogar. Estas tecnologías ayudan también a regular el temor en aquellos que han quedado en el destino. Cualquiera sea el caso, el vínculo entre el viajero y su grupo de pertenencia primario jamás se rompe, y hoy gracias a las modernas tecnologías se mantiene más unido que nunca.

El cuarto elemento, al cual he denominado **“sentido de adaptación”**, sugiere que se da un tiempo en el cual el viajero hace un reconocimiento sustancial del destino, de las posibilidades del hotel, y se asesora sobre los diferentes puntos que puede visitar en su estadía. Si bien algunos (dependiendo de su personalidad) prefieren salir a “caminar aleatoriamente” por la ciudad otros contratan tours de todo incluido para que les muestren ciertos iconos. Existe un gran prejuicio respecto de que el “el turista clásico” es más selectivo respecto del turista mochilero, pues sólo visita espacios adecuados por el tour-operador mientras se pierde de otros. La diferencia entre ambos no radica en la selectividad, sino en la imposición del camino que deben recorrer. El mochilero al “hacer su propio itinerario” intenta ver la mayor de cosas posibles (minimizando el riesgo), pero al hacerlo la calidad de lo que observa queda sujeta a su propia interpretación. Al turista clásico se le impone no solo un itinerario específico, replicable y repetible varias veces al día con otros que al igual que él quieren conocer algo, sino que además se le da una narrativa para que comprenda lo que está observando. Si al primer tipo lo caracteriza una necesidad casi patológica de experiencia personal, al segundo lo guía la distracción. Vamos a poner un ejemplo, si entramos a un museo podemos caminar por nuestra cuenta y ver todos los objetos leyendo las plaquetas que los presentan, o podemos elegir un tour guiado para que nos cuenten sus funcionalidades, orígenes etc. Si bien el proceso de adaptación es diferente para cada tipo de viajero, cabe mencionar es común a todos ellos. Rachel Irwin (2009) denomina estado de “luna de miel” al encuentro adaptativo entre el turista y el nativo. Ella acertadamente sugiere que lejos de existir un choque cultural, ambos están movidos por la curiosidad y la atracción mutua. Ambos idealizarán lo que consideran las bondades del otro hasta que lleguen a un estado posterior de crisis en donde se repelan. Debido a que el turismo requiere de pocos días de permanencia, por ejemplo en comparación con el etnógrafo, no puede observarse un choque cultural significativo entre los involucrados. Para que ello exista, el sujeto debe experimentar un estado profundo de crisis que atraviesa la angustia existencial por incompatibilidad de código. Los etnógrafos, por lo general, documentan en sus diarios toda una serie de experiencias desagradables, conflictos y peleas con los nativos. Empero ello no solo no sucede en el mágico mundo del turismo, sino que además se da “una situación evitativa entre los

mismos turistas”. En su búsqueda de unicidad y ejemplaridad, como bien ha documentado Maccannell (2003; 2007), el turista evita el contacto con sus compatriotas y con otros turistas en el destino. ¿Por qué el turista se comporta de esta forma?, ¿es egoísmo o puro narcisismo?.

Según mis observaciones de campo pertinentes, la condición misma de turista nace de la percepción subjetiva respecto al otro “nativo idealizado”. Cuando decimos idealizado, es una persona (otro) despojado de todas sus características negativas. Porque ello sucede de esa forma, el turista no siente la necesidad de resguardarse en la figura de su estado nacional de referencia. Sabe que la función del nativo es suplirlo en todo lo que necesita, alimentar su estima deteriorada por una feroz competencia en el ethos capitalista moderno, y da rienda suelta a su hedonismo. Incluso en aquellos viajeros culturales que supuestamente quieren entablar simpatía con la comunidad nativa, existe un rasgo etnocéntrico de superioridad por medio del cual, el viajero compara, pesa las deficiencias de local que lo llevan a reforzar su propia estima. Excepto que esa imagen idealizada del nativo se rompa en mil pedazos ya sea porque el foráneo fue víctima de un atraco, ataque o intento de abuso sexual, no hay motivos para vincularse a sus respectivos estados nacionales. Ser americano, argentino, o congolés recuerda no solo las frustraciones y obligaciones en sus respectivas comunidades, sino que “desacraliza” al propio self, lo normaliza en tanto que ciudadano ordinario. Como Adán en el paraíso que todo lo ve sin poder ser visto, el viajero intenta ser un dios “creador” de experiencia. Volver a su estado es volver al control del cual desea escapar. Por ese motivo, evita tener contacto con otros que como él intentan olvidar quienes son.

Empero si uno quiere olvida quien es, entonces ¿porque decide finalmente regresar a su hogar?. Un excelente trabajo de George, R. Inbakaran y G. Poyyamoli sugiere que el balance entre motivaciones es el responsable del regreso. Comprender el viaje turístico es focalizarse no solo en las razones que llevan a viajar sino a volver al hogar. Desde esta nueva perspectiva, los autores enfatizan en dos conceptos claves: a) la motivación turística que es aquella impulsa al sujeto a evadirse de las normas diarias y rutinarias movido por la curiosidad y la necesidad de conocer nuevos territorios, y b) la motivación nativista o (nativistic motivation) la cual se refiere a la necesidad de sentirse “seguro” reduciendo el grado de incertidumbre y previsibilidad de los eventos que pueden suscitarse en un ambiente desconocido. Cuando la necesidad turística es menor a la nativista, el sujeto emprende el regreso a su hogar. La posibilidad de perder “algo valioso” durante el viaje condicionaría la percepción de riesgos durante el proceso liminar del viaje (George, Inbakaran y Poyyamoli, 2010: 402).

El quinto y último componente, es precisamente **“el retorno a la sociedad o grupo de origen”**. A diferencia de los estadios anteriores, éste se caracteriza por una gran nostalgia. El regreso implica cierta infelicidad pues se debe abandonar el estado de “omnipotencia” que confiere temporalmente el turismo. Si bien no existen estudios en la materia, la psicología clínica ha advertido sobre los peligros de un regreso brusco del

mundo de las vacaciones, donde el sujeto todo lo puede, al trabajo. Ese encuentro brusco se caracteriza por estados temporales de depresión, insomnio, alteración de la personalidad e irritabilidad. Empero este proceso es muy importante para reafianzar la solidaridad y reciprocidad del grupo. El viajero será por pocas horas o días centro de atención de todo su grupo pues trae regalos de un destino que les es ajeno, distante, de un cielo imaginado pero no alcanzado. También trae consigo recuerdos, fotos y experiencias que intenta socializar con quienes no han podido viajar. Si bien puede darse en forma patológica, este reacomodo afianza al viaje como institución pero mejora las relaciones interpersonales. Paradójicamente, como me ha pasado, si el equipaje se pierde al regreso no parece ser tan importante pues la persona dispone de contactos, y un domicilio fijo de recepción. Su umbral de control se restaura y con éste su autoestima y seguridad ontológica. El reencuentro es parte esencial del proceso de dislocación que comienza el viaje turístico. Porque estamos separados es que valoramos lo que tenemos.

Conclusión

Puntualmente, hemos descrito, apoyados por las propias experiencias, los aspectos más significativos a la hora de comprender no solo las fases evolutivas del viaje turísticos sino también sus tensiones entre el self que se va modificando con el otro deseado, temido y re-significado. Cinco estadios conforman el viaje turístico, **“búsqueda exploratoria-comparativa”, “desapego temporal”, “la verificación de la identidad”, “sentido de adaptación”, “el retorno a la sociedad o grupo de origen”**. Cada estadio o dimensión ha sido debidamente explicada en el presente trabajo. Es por demás importante agregar que desde su partida, el ser turista se valida en ese otro que es el nativo. Desde diferentes perspectivas, el miedo a viajar presente en la mayoría de todos nosotros exhibe sanamente ese terror primigenio a perderse y morir fuera del hogar. Hemos sentado las bases conceptuales para codificar empíricamente las tensiones que sufre el self cuando se encuentra lejos de sus grupos de pertenencia, empero lo que es más importante, hemos puesto en evidencia las limitaciones de la teoría de Dean Maccannell quien sugiere que el turismo genera lugares vacíos de sentido donde los vínculos personales no prosperan. El turismo cumple su función de dislocación espacio-temporal necesario para una posterior reconducción a las funciones básicas de trabajo y relación con otros. El estado nacional nuevamente se reestablece y el turista en tanto persona global, se transforma en ciudadano local, temeroso de esos mismos extranjeros a los cuales sacralizaba en sus viajes. Pronto, su experiencia caerá en el olvido hasta el punto que necesitará apoyarse en una fotografía para recordar. Con el paso de los años, incluso, apoyará las políticas anti-inmigratorias de su país aduciendo que los mismos extranjeros a los cuales visitó, “vienen a quitarnos el trabajo, a ocupar nuestros hospitales y nuestras escuelas, a robarnos lo nuestro”. Como aquel viajero imperial del siglo XIX que mezclaba su paternalismo con la idea del buen salvaje, el turista moderno es el agente del imperio de turno, el embajador de su estado.

Referencias

ALBO, X

1992. “La Experiencia Religiosa Aymará”. En *Rostros Indios de Dios*, cuadernos de investigación. La Paz: CIPCA, UCB.

ANTA-FÉLEZ, J. L.

2013. “Una etnografía del avión: Cuerpos sujetos a la disciplina del consumo viajero”. *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, 8(3), 323-344.

AUGE, M.

1996 *Los no lugares: espacios de anonimato*. Barcelona: Editorial Gedisa

BOCHNER, A. P., & ELLIS, C. S.

2006. *Communication as autoethnography*. In G. J. Shepherd, J. S. John & T. Striphas (Eds.), *Communication as: Perspectives on theory* (pp. 110–122). Thousand Oaks, CA: Sage Publications, Inc

CHO, J., & TRENT, A.

2006. “Validity in qualitative research revisited”. *Qualitative research*, 6(3), 319-340.

DERRIDA, J.

2006. *La Hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

FERNANDEZ JUAREZ, G.

2000 “Tutela de las sombras: enfermedad y cultura en el Altiplano Aymará”. En *sustentos, aflicciones y postrimerías de los indios de América*, Madrid, Casa de América.

FLOYD, M. y L. PENNINGTON-GRAY.

2004. “Profiling Risk: perception of tourist”. *Annals of Tourism Research*, 31 (4): 1051-1054.

FLOYD, M. GIBSON, H. PENNINGTON GRAY, L y B. THAPA.

2003. “The Effects of Risk Perception on Intention to Travel in the Aftermath of September 11, 2001”. In *Safety and Security in Tourism: relationships, Management and Marketing*, (Eds) Hall, M. Timothy, D. y Duval, T. New York, Haworth Hospitality Press.

FRAZER, J.

1950. *The golden bough*. Cambridge: Macmillan

GEORGE, B, INBAKARAN, R. y POYYAMOLI, G.

2010. "To Travel or Not to travel: towards understanding the theory of nativistic motivation". *Tourism, an international interdisciplinary Journal*. 58 (4): 395-407.

GOODY, J.

1995. *Cocina, Cousine y Clase: estudio de sociología comparada*. Barcelona: Gedisa.

GUBER, R.

2004. *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

INGOLD, T.

2000 *The Perception of Enviroment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.

IRWIN, R.

2009. "Culture shock: negotiating feelings in the field". *Anthropology Matters*, 9(1).

KORSTANJE, M.

2006. "El viaje: una crítica al concepto de "no lugares". *Athenea digital*, 10, 211-238.

KORSTANJE, M

2009 "Re visiting the risk perception theory in the Context of Travels". *ERTR: e-Review of Tourism Research*, 7 (4): 68-81.

KORSTANJE, M.

2010 "Formas Elementales de la Hospitalidad". *RBTUR: Revista Brasileira de Pesquisa em Turismo*, 4 (2): 86-111

KORSTANJE, M. E.

2011 "The fear of travelling: a new perspective for tourism and hospitality". *Anatolia*, 22(2), 222-233.

KORSTANJE, M. E.

2013 "Estar protegido: el rol de las compañías de asistencia al viajero en el sistema turístico". *El Periplo Sustentable: revista de turismo, desarrollo y competitividad*, (25), 43-76.

KORSTANJE, M. E., & OLSEN, D. H.

2011. "The Discourse of Risk in horror movies post 9/11: hospitality and hostility in perspective". *International Journal of Tourism Anthropology*, 1(3), 304-317.

KORSTANJE, M. E., & TARLOW, P.

2012. "Being lost: tourism, risk and vulnerability in the post-'9/11' entertainment industry". *Journal of Tourism and Cultural Change*, 10(1), 22-33.

MARECHAL, G.

2010. "Auto-ethnography". In A. J. Mills, G. Durepos & E. Wiebe (Eds.), *Encyclopedia of case study research* (Vol. 2, pp. 43–45). Thousand Oaks, CA: Sage Publications.

MACCANNELL, D.

2003. *The tourist, a new theory of leisure class*. Moia: Melusina.

MACCANNELL, D.

2007. *Lugares de Encuentro Vacío*. Barcelona: Melusina Ed.

MEAD, G. H.

2009. *Mind, self, and society: From the standpoint of a social behaviorist* (Vol. 1). University of Chicago press.

PLOG, S.

1973. "Why destination areas rise and fall in popularity." *The Cornell Hotel and Restaurant Administration Quarterly*, 13 (3): 13-16.

PLOG, S.

1991. *Leisure Travel; making it a growth market.. again!*. Nueva York: Ed. Wiley and Sons.

REISINGER, Y. & F. MAVONDO.

2005. "Travel Anxiety and Intention to Travel internationally: implication of Travel Risk perception". *Journal of Travel Research*, 43 (3): 212-245.

REICHEL, A. FUCHS, G & URIELY, N

2007. "Perceived Risk and the non-instituonalized tourist role: the case of Israeli student ex backpackers". *Journal of Travel Research*, 46: 217-226.

SUETONIO, C.

1985. *Los Doce Césares*. Madrid: Editorial Sarpe.

TALBURT, S.

2004. "Ethnographic responsibility without the " real". *The Journal of Higher Education*, 75(1), 80-103.